LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA.

Año VI.	SALE UNA VEZ AL MES.	Núm. 11.



ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 20 DE NOVIEMBRE DE 1877.

Ilusiones y realidades.

¿Habrá algo de providencial en el ciego afan con que el hombre pretende, casi de continuo, acortar la distancia que separa la bella ilusion de la desnuda realidad?

Pregunta es esta que mil veces nos hemos hecho y á la cual nuestro corazon, de acuerdo con la cabeza, ha contestado siempre afirmativamente. Cuestion á la vez grave ó agradable segun bajo el aspecto que se la mire; para la que ha de existir como para todas las de análoga importancia, solucion racional, esplicacion consoladora, pues de otro modo la humanidad acusaría á su creador,—y le acusaria tristemente con justicia —de haberla dado aspiraciones infinitas, llenado su corazon de curiosidad incesante para no hallar al cabo de todo más que desconsolador vacio.

Mas no, el Dios que puso en la frente del hombre el sello de su grandeza, el Dios que materializó su poder junto con su amor ante los ojos de sus criaturas todas, colocándolas en mundos tapizados de inconmensurables bellezas y dando á la humanidad elevado objetivo como precio de su existencia, el sér divino, causa primera de la creacion, ha de haber tenido en esto, cual en todo, elevadisimo objeto, y blasfemia soez seria el abrigar siquiera un instante otra idea.

Quédese para los desgraciados que siendo prueba viviente de ese Hacedor infinito, le niegan, negándose á si propios, al pensar de otra manera; nosotros siempre intuitivamente y por dicha pensamos así . . . . . .

. . . .

Y si de modo tan consolador no sintiéramos, la sola razon evidenciaria á nuestros ojos la verdad elemental que encierra cuanto venimos afirmando.

Nace el hombre y su primer quejido es su primer afan, su primer deseo aun no esplicado. Llega á la adolescencia, la hermosa edad de los amores, la primavera de la vida y su corazon embriagado por los mil objetos que le alhagan, y desconociendo aun las humanas miserias, ansía con incesante teson materializar sus deseos, poseér cuanto en su camino halla, y no obstante que cada ilusion preciada se convierte en cruel desengaño; no obstante que el barro hiere por doquier la pureza de su alma, no cesan sus afanes, ni su curiosidad, ni su entusiasmo. Es que hay en el fondo de su corazon una voz que le grita entonces con agradable arrullo:

¡avanza, busca la realidad de cuanto ambicionas, avanza! avanza!

Pasa esa hermosa edad como pasa aquí todo lo material y llega la del descanso relativo; esa época de la vida en que aun nos hallamos bastante cerca de nuestros primeros años para que tengamos la dulce reminiscencia de aquellos cortos dias y á la vez bastante cerca de la edad de la reflexion completa, para que elevemos más á menudo á nuestro Creador la vista; para que conozcamos ya prácticamente en más ó en menos lo miserable de nuestra condicion, y á pesar de ello, aunque sabemos que cada deseo al humanizarse, realizando la forjada ilusion, ha de llenar de luto nuestra alma ó helar nuestro corazon, siempre oimos el eco de aquella voz misteriosa que nos grita: ¡Adelante!

Llega, en fin, el otoño de la existencia,—la edad en que la nieve llena la cabeza buscando así providencialmente el respeto que la debilidad necesita,—la época en que el hombre adquiere, á no ser muy degradado, esa dulce y respetuosa gravedad que infunde la proximidad al sepulcro, é inspira á toda criatura honrada nobles pensamientos, y á pesar de que el hielo se apoderó ya casi por completo del hombre, y solo quedan en el fondo de su corazon las contadas, contadísimas afecciones que hasta allí le siguieron; á pesar de que la ilusion engañosa del albor de la vida no agita ya su alma y la materia duerme, siempre el mismo afan de realizar sus deseos en el círculo reducido en que estos se agitan, siempre ese estímulo de convertir en hechos sus aspiraciones, siempre esa curiosidad acosándole, siempre esa voz gritándole: ¡adelante! Y eso que el avanzar aquí es ir á la muerte con entera conciencia de ello: es acortar los pocos dias que le quedan de su corta y miserable existencia.

Ahora bien; si ese contínuo afán, si esa inquieta curiosidad nos agita sin cesar, si el hombre lleva desde la cuna al sepulcro inconsciente y arraigado el deseo de realizar todas sus ilusiones, sin que sea obstáculo nunca á dominarle por completo las mil vicisitudes de su triste existencia que son otras tantas decepciones de sus sueños; si hay algo en fin que le lleva, cual si predestinado fatalmente estuviera, á ir en busca de la realizacion de sus deseos para sufrir la pena cruel de ver aquellos en todo ó en parte desvanecidos, y así llega á terminar su vida, habremos de asentir que Dios en su infinita sabiduría y en su no ménos ilimitada justicia dotó á nuestra alma, con misterioso fin, de noble aspiracion á convertir en realidades las ilusiones que de nosotros se apoderan.

Y no se necesita en verdad pensar mucho —si de buena fé discurrir queremos—para comprender que el hombre sin ese estímulo; sin ese afán; tratando con fé incesante de llevar al terreno de los hechos sus aspiraciones; y cooperando colectivamente, en igual forma, al propio objeto, tiende siempre á su adelanto, el fin más grandioso de la humanidad entera que la conduce siempre progresando hácia su Dios, siendo su propio deseo la realizacion de cuanto concibe, y que le sirve á la vez de estímulo digno y de provechosa enseñanza.

Y hé aquí por qué, dicho sea incidentalmente, toda sociedad que en beneficio egoista de una clase dada, de una institucion ó minoría cualquiera, sean cohibidos los nobles deseos, las dignas ilusiones de la mayoría, en esa universal tendencia á materializarse, tendrá en la historia escrito su paso con caracteres de ignominia, tanto mayores cuanto mayor haya sido el abuso realizado.

Y hé aquí por que áun cuando hemos llamado ciega á la humanidad por pretender andar de prisa el camino que separa las ilusiones de las realidades, ha sido recordando aquellos conocidos versos de Jorge Manrique

. . . .

Y pues vemos lo presente
cuan en un punto sé es ido
y acabado,
Si juzgamos sábiamente
daremos lo no venido
por pasado.

Por cuanto, el hombre que comprendiendo lo miserable de nuestra existencia aquí, no

busca, en aquel afán, medio de depuracion y adelantamiento, sino de pueril satisfaccion, verá probada su ceguedad ante la decepcion de esas ilusiones que, si ciertas en el fondo, en lo que tienen de divino por su procedencia, son engañosas en cuanto á la trascendencia que el hombre en su menguado egoismo quiere darles, no por que dejemos de entender existe mucho de providencial, cual hemos dicho, en que el corazon de la humanidad sea agitado de continuo con su afán.

¿Qué seria del hombre sin esa misteriosa fuerza que le obliga á trabajar sin descanso para realizar sus concepciones todas?

¿Qué seria de la humanidad?

Que el hombre y la humanidad languidecerian arrastrando una existencia sin luz, sin aspiracion sin calor alguno.

Por racional convencimiento, por sincera fé, por justo homenaje de respeto al Dios que puso en nuestra alma ese afán investigador de lo desconocido, ese deseo contínuo de realizar nuestros deseos, debemos pues utilizarlo prudentemente buscando en esas ilusiones, lo que de bello y estimulante tienen, no ya lo que en ellos haya de incierto ó desconsolador: en estas dulces, pero no por eso ménos útiles realidades lo que de profundo y de práctico tienen siempre es que coadyuvan noblemente á llevar al corazon de nuestros hermanos iguales consoladoras ideas.

Sean las ilusiones, repetimos, noble aguijon del hombre.

Séanlo tambien las realidades.

Bendigamos unas y otras. Las primeras por que han hecho latir nuestro corazon á los bellos sentimientos, porque han sido la alegría en nuestro triste camino; las segundas por que nos han acostumbrado á ser hombres, á fortalecer nuestro corazon y elevar nuestra alma.

Utilicémoslas en esa forma: demos en fin calor á las nobles ilusiones, que de ellas nacen las grandes ideas, dicho sea á despecho de aquellos contados miserables séres que no las conciben, pero declaremos guerra sin tregua á los mezquinos que han sido el martirio de la humanidad.

Pensemos en suma que en el fondo de la ilusion más ligera, si es noble, existe siempre algo de divino y es la pura alegría, el afán hermoso de agitarse que en la humanidad entera producen.

¿Y qué seria del hombre, qué seria de la humanidad si hubiera de vivir siempre en la realidad despiadada en lo que tal tiene?

¿Qué seria del hombre y de la humanidad si mirando en esto cual en todas las cosas por su lado triste, obrase en uno y otro en consecuencia?

Ya lo hemos dicho: Que el hombre y la humanidad lánguidecerian arrastrando una existencia sin luz, sin calor. Y nosotros y cuantos con nosotros piensan—y son muchos—creemos que sin luz, sin calor, sin aspiraciones no vive nada en la creacion.

Que una cosa es querer andar de prisa y sin conciencia el camino que hay de las ilusiones á las realidades y otra es hacerlo juiciosamente, amando á ambas por lo que significan y sin olvidar nunca que al fin de la jornada, en cierto sentido, no hemos de encontrar aquí más que desengaños, pero desengaños fructuosos y consoladores en su fondo.

D. F.

Srta. D.ª Amalia Domingo y Soler.

Hermana mia: Tenia el íntimo convencimiento de que V. se serviria contestar á mi atrevida carta que dirigí á V. y publiqué en La Revelacion: no podia esperar ménos de su amabilidad y del entrañable afecto que tiene demostrado á nuestra racional filosofía. Doy á V. por ello las gracias sintiendo haberla distraido algun tanto de los preciosos trabajos á que se dedica como apostol de la gran verdad.

Yo pedia luz en las tinieblas en que me encuentro; buscaba aire que arrastrara en pos de si las espesas nieblas que me rodean; agua que mitigara la sed de la incertidumbre, y me dirigí á V. en ocasion en que presumí le sería dable despejar la atmósfera que me envuelve, dejando el benéfico ambiente cuyo rocío habia de apagar el ardor que todavía me consume.

V. noble y compasiva, que no desampara nunca al desvalido, ha procurado sacarme de la

oscuridad y darme de beber, presentándome como luz la antorcha del evangelio y por agua la razon en vaso de oro; pero estos tesoros de moral y de elocuencia no entibian la opinion emitida en mi anterior escrito y quedo por tanto en la misma duda que consultara. Permítame V. que insista probándolo por partes siguiendo la hilacion de su apreciable carta, pero á grandes rasgos porque sobre el mismo asunto me he de ocupar tambien de una incidencia.

Me dice V. que le colmo de alabanzas al principio y le reconvengo al final. Respecto á lo primero, siguiendo mi inclinacion de dar á cada cual su merecido, no he podido menos que admirar las relevantes dotes de que se halla usted adornada; y no ha de ser el tiempo quien me pruebe lo que vale V. intelectualmente, pues el público sensato tiene ya juzgados sus escritos.

Para asegurarme si impensada é imprudentemente pudiera habérseme escapado alguna frase que envolviera reconvencion, he leido de nuevo el escrito que nos ocupa, é ingénuamente digo que no encuentro ni una sola palabra que pueda tomarse en tal sentido. Difiero, si, de una opinion y doy razones en apoyo de la mia. Antes que reconvenir á la que puede ser mi maestra, rómpase mi pluma *setenta veces siete veces.*

Con modestia suma declara V. su vivísimo interés por difundir la luz de la verdad, recordando la parábola de la lámpara debajo del celemin, y esto corrobora y afirma más y más el buen concepto que de V. tengo emitido.

Efectivamente, inteligencias como la suya tienen obligacion de decir lo que comprenden en voz muy alta para que le escuchen las multitudes, y V. cumple con la ley de Dios.

Nosotros, los pequeños, debemos llamar la atencion de los demás hácia sus escritos, y con esto cumplimos tambien la ley divina.

Para demostrar que no debemos culto esterno cita V. de la ley mosaica ciertas palabras del Exodo pronunciadas por Dios contra la idolatría; y apoyando que no hay lugar privilegiado para orar, recuerda el compendio de Cristo: «Amar á Dios sobre todas las cosas y á su prójimo como así mismo, diciendo: *Esta es toda la ley* y *lós profetas,*» y termina: «convencida de esta eterna verdad, creo que todos los cultos son puro formalismo y no los acepto.»

Esto solo me indica la indispensable consecuencia del buen espiritista y la autoridad en que se apoya para no seguir indebidos cultos y ridículas ceremonias.

Pero como de mis proposiciones no podrá desprenderse nunca el consejo ó la opinion de que deba guardarse aquel formalismo, sino que por el contrario como dice *Habacuc cap. II, XVIII, XVIV.* «¿De qué sirve la escultura que esculpió el que la hizo? ¿De qué la estátua de fundicion, que enseña mentira, para que haciendo imágenes mudas, confie el hacedor en su obra? ¡Ay del que dice al palo: despiértate: y á la piedra muda, levántate! ¿*Podrá enseñar* algo esa piedra?» se que á *Dios solo debe adorarse en espíritu y en verdad,* no he de conceptuar aquellas citas propias para rebatir ninguno de mis argumentos, sino solo para atestiguar la perfecta conformidad de nuestros pareceres sobre el particular.

Supone V. què me escandaliza algun tanto el que llegue á reprochar á los que practican lo que no creen; que le doy á V. una especie de satisfaccion diciéndole el por qué bautizo á mis hijos; me advierte V. que rehusa para la discusion pública las personalidades, y respetando el temple de alma de cada uno, haciéndose cargo hasta donde llegan las exigencias sociales y el círculo de hierro que oprime á ciertas localidades, parece concluir en que aquellos reproches solo son dirigidos á los hombres que viven libremente y practican las fórmulas por el necio *qué dirán.*

Los cargos que se hagan á los que practican lo que no creen no me escandalizan, puesto que yo no puedo ser encubridor ni protector de los hipócritas, creyendo como Santiago (cap. II, 24 y 26) «que el hombre es justificado por las obras, y no solo por la fé. Mostradme, dice él, vuestra fé por vuestras obras.» «Porque así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así tambien la fé sin las obras, es muerta.» No critico, no, lo que está en mi creencia; lo que yo siento en el alma es que se viertan inmerecidos epítetos contra quienes por humano respeto, círculo de hierro en que moran ó fuerza de las circunstancias, se ven obligados á acatar ciertas fórmulas que en distintas ocasiones rechazaran, cuyo distingo no hizo V. en los *Ecos* objeto de esta discusion.

Puede V. tomar como guste lo enunciado en mi escrito sobre bautizo de mis hijos; fué uno de los varios ejemplos que podia presentar y lo espuse comprendiéndolo en la generalidad, siendo uno de los casos que nadie podia esplicar mejor que yo los motivos de esta mi determinacion; no fué, por tanto, satisfaccion alguna ni poner en el terreno de la discusion mi humilde perso-

na, enemigo como V. de llevar á este palenque las personalidades.

He manifestado ya anteriormente mi opinion sobre los que practican lo que no creen, y siendo idéntico el caso de los que llenan ciertas fórmulas por el necio que dirán, solo añadiré: que compadezco á estos espíritus débiles que se asustan y estacionan ante la perspectiva del terreno algun tanto accidentado que hay que recorrer en la via del progreso.

Recuerda V. dos pasajes de Jesús para venir en conclusion de que para implantarse las teorías elevadas verdaderamente sublimes se necesitan héroes, no pudiéndose hacer las grandes cosas sin los grandes génios.

No hay quien pueda negar que del trago de cicuta que bebiera Sócrates se desprendió una gran verdad que fructificó á su tiempo.

Sin el ejemplo de Jesús y morales máximas y abnegacion de los apóstoles y mártires de tan sublime idea, no hiciera las grandes conquistas el cristianismo, dando luz á una etapa de civilizacion.

Inmenso campo abre á la ciencia la atrevida afirmacion: *é pur si muove*, de Galileo.

Los profundos estudios y sanos principios de Platon, Plotino, San Agustin, Leibnitz, Bossuet y otros filósofos espiritualistas, combaten las funestas consecuencias del incentivo sensualismo de Epicuro, su autor, y continuadores Bacon, Hobbes, Locke, Condillac, Tracy, etc.; el error del panteismo de Zenon, Mallebranch, Spinosa, Berkeley, Schelling, Hegel y Bonald, y el no ménos manifiesto del idealismo de Aristóteles, Santo Tomás, Arand, Regis, Reid y Kant. Y estas encontradas opiniones de sus diversas tendencias, en que cada cual lleva entre sus errores su contingente de razon, aportan un conjunto de verdades que recoge Tibergien y ecléticos modernos, y preparan el advenimiento del espiritualismo práctico ó racional filosofía espiritista.

El gran génio de Descartes, refutador de la escuela aristotélica establece la autoridad de la razon.

El rayo sometido dócilmente á la mano del hombre; el alambre órgano del pensamiento; el telescopio que sondea la inmensidad del espacio; la imprenta que hace resonar nuestra débil voz por todo el universo; todos los adelantos, en fin, empresas gigantescas, verdaderas maravillas, revelan grandes génios como Franklin, Francisco Salvá, Gregori, Guttenberg, Fulton, Colon, Flavio Giojá, Blasco de Garay, Wat y Sefchcion y otros muchos que han enriquecido las ciencias y perfeccionado la indústria; y sabemos que sin estos grandes hombres toda conquista, todo progreso, toda civilizacion solo se alcanzara á paso de carreta.

Sin los grandes tribunos y constantes defensores de la idea santa de libertad, no se escribiera en los códigos de casi todas las naciones los principios democráticos, verdadero adelanto á la emancipacion del hombre.

A qué cansar á V. trayendo á su memoria los múltiples hechos que patentizan la regeneracion social, con la perfeccion humana, debido á los grandes génios, si tan solo evidenciaria la necesidad de romper con las rancias preocupaciones, y esto, repito está en lo íntimo de mi conciencia?

¿A qué invocar la autoridad del nuevo testamento á los que, aprisionados por fuertes cadenas ó encerrados en *monasterio de la ignorancia*, no pueden recorrer el espacio que les señale la imaginacion y voluntad?

Tengamos lástima de estos desgraciados.

En apoyo de su anterior afirmacion, cita usted dos sueltos de *La Luz*, periódico protestante, en los cuales con motivo de lo ocurrido en Altea á una señora al parecer espiritista, trata de evidenciar la conducta de los adeptos de nuestra doctrina, deduciendo falta de conviccion en nuestra idea.

En el número 18 de *El Espiritismo*, revista quincenal que se publica en Sevilla y que usted menciona, se dá ya cumplida contestacion á *La Luz* por estos intencionados sueltos. No hay más que leer «*Un golpe en vago*» suscrito por M. G. (D. Manuel Gonzalez) para convencerse de los infructuosos ataques del protestantismo, y nada he de añadir yo á tan lógica conclusion. Solo me permitiré copiar el siguiente párrafo, conforme en un todo en la opinion que vengo sustentando.

«Mas aún pudiera existir otra circunstancia, muy atendible, si se quiere, para que la aludida señora fuese al templo romano á pesar de ser espiritista; y es, la de que encontrándose en un pueblo eminentemente ignorante, como el hecho citado lo revela, temiera ofender las creencias y costumbres religiosas de sus habitantes, y evitar las consecuencias de un exagerado fanatismo, teniendo además en cuenta que, si bien es un absurdo la práctica del culto romano, la caridad exige no escandalizar á nuestros se-

mejantes, debiendo ser transigentes y benévolos hasta donde podamos con aquellos que ciegos del entendimiento viven aferrados al error.

Magníficos pensamientos nos presenta V. al dirigirse á esos gigantes que pudieran arrastrar tras sí las multitudes y que por su falta de fé no lo consiguen.

Tremenda leccion á todos aquellos que, siendo independientes, no hacen valer sus profundas inteligencias en pró de la gran idea espiritista por falta de fibras en su corazon.

Pero si grande es la razon que puede asistirnos para vituperar el comercio de la luz, poderosísima la tenemos para respetar la práctica de los muchos que obedecen á otras exigencias que nos conducen á las siguientes consideraciones que, si no son tan profundas y bellísimas como las que V. aduce, no son ménos verdaderas.

¡Cuándo el hombre no puede decir lo que siente!

¡Cuando todas las noches vé *tres rosarios* por las calles y el de *la aurora* por la mañana!

¡Cuando se vé rodeado de enemigos del progreso!

¡Cuando los hombres de ciencia abandonan las cátedras ó se les despoja de ellas!

¡Cuando los libre pensadores tienen que pensar en el lápiz rojo!

¡En esta época en que se producen sucesos como el de Iznatoraf!

¡Cuando la Comision de Códigos resuelve graves cuestiones de la manera que lo hace!

¡Cuando nuestra mirada por medio del telescopio político no vé más que..... intolerancia!

Cuando es una heregía decir:

¡«Yo no me confundiré en la nada!»

¡«Yo no sufriré los torturas del infierno»!

«¡Yo no me volveré egoista en el paraiso olvidando á los pecadores!» etc.

Cuando tenemos fundadísimo temor de sufrir las consecuencias de un exagerado fanatismo, ¿no es lógico, no es prudente, no es indispensable arrastrar una vida lánguida, atando las fibras del corazon? Esto es lo sensato.

Inútil creo hacerme cargo de las citas que hace V. de los evangelios respecto de la fé, pues creo haber espuesto suficientemente mi opinion sobre este particular.

El único argumento que al parecer se propone V. combatir de los ejemplos que citara del escrito que alude, es el del casamiento; pero usando de mi natural franqueza, tócame replicar que no lo consigue V., pues de sus razones resulta el siguiente notable paralogismo.

Yo pongo al espiritista en la alternativa de optar entre el objeto de su amor á condicion de llenar una fórmula que le repugna, pero que no le hace abdicar de sus principios, ó en la de perder el objeto de su cariño de no aceptar aquella ceremonia. V. contesta: si una mujer se casa verdaderamente enamorada se unirá á su marido del modo que este quiera.

¿Es posible deducir alguna consecuencia de la disparidad de estas premisas?

Con el laudable anhelo de ver realizado su bello ideal, que es el de todos los que admiramos la sublimidad de nuestra doctrina, prosigue V. con una série de reflexiones y deducciones tan lógicas, que al no estamparse en el círculo vicioso de suponer una idea que yo no combato, solo me ocupara de ello para ensalzar su mérito; pero que me obliga á rectificar algunos conceptos.

Es indudable de que nuestra escuela no podrá hacerse respetar mientras sus adeptos eduquen á sus hijos en el antiguo formalismo; y convencido de ello, procuro reciban los mios la que yá indiqué en mi primera carta. Bautizar á un niño no es educarle.

Yo no puedo tachar á V. de impaciente, puesto que, considerándola de los espíritus viejos, solo puedo envidiarle esa *monomonía tan cuerda* que me indica, y quisiera de un salto recorrer los siglos que á mi espíritu jóven le separa de la gran mision que el suyo trae.

Comprendo, si, que algun dia llegaré al escalon que V. ya pisa; tal es la fuerza del progreso. Y si hoy nos separa, demarcando su adelanto, el que V. puede prescindir de todo acto religioso esterno, y el verme yo aun obligado á la disciplina del monasterio de la ignorancia, sostengo sin embargo en el café, en la plaza y en la prensa los saludables principios de nuestra filosofía; no tanto en el periódico por razon de mi inutilidad y escaso tiempo que me permite la obligacion de atender al sustento de mis hijos.

Mi credo es este.

Observo el firmamento y las estrellas,
el color y la luz, el agua, el viento,
el tosco mineral, las flores bellas,
el pez, el ave, el animal sin cuento,
la firme volicion que existe en mi,
les pregunta si hay Dios, responden: SI.

El sentido comun con su enseñanza,
la moral de Jesús, nuestra doctrina,
el deber, el respeto, la crianza,

la bella caridad, la ley divina
y la misma conciencia de mi YO
me dicen sin cesar: no faltes, NO.
Y yo adoro á ese ser omnipotente
sin necia ostentacion ni ritos vanos,
y profundo respeto mi alma siente
hacia moros, judios ó cristianos;
que adorar en espíritu y verdad
es practicar en todos CARIDAD.

Y en parte como V.

«Yo no puedo aceptar las medias tintas.»

«No está en mi carácter ni en mis convicciones.»

Pero he de esperar con los brazos atados.

Necesito correr; pero insuperables barreras me detienen.

Esta sociedad hipócrita me dá lástima.

Esta humanidad deicida me dá espanto.

La amo al mismo tiempo; y no puedo ofenderle.

Yo vislumbro la luz, entre la mayor sombra, como el náufrago distingue la orilla luchando con las embravecidas olas.

Quisiera á todo hombre con la suficiente independencia para que pudiera decir todo cuanto siente; porque conozco el tormento del sér cuyo pensamiento se le oprime; por tanto, hermana mia, no estrañe V. salga á la defensa de todos los que se encuentran en situaciones críticas, diciendo: *todo por la caridad.*

Hé procurado seguir párrafo por párrafo, pensamiento por pensamiento, quizá línea por línea su apreciable escrito, lo cual me ha hecho faltar al buen método de las discusiones; pero no es culpa mia el tener que ajustarme al vuelo de su imaginacion ó espansion que dá á sus sentimientos.

Esto sin embargo nos conduce á las siguientes conclusiones:

Primera: Que estamos en perfecto acuerdo al considerar que todos los cultos son puro formalismo y que no debemos aceptarlos.

Segunda: Que resultando no haberse V. dirigido en sus *Ecos* á los espiritistas que se ven obligados á respetar alguna fórmula que no está en sus creencias, sino á aquellos que siendo libres temen el qué dirán, no hay discusion posible entre nosotros sobre este punto, tambien por estar conformes.

Y último: Que si he de ser espiritista, he de ser racionalista; si he de rendir culto á la razon, no puede imponérseme ni la mayor autoridad ni los mejores antecedentes que no lleven á mi ánimo el convencimiento de una verdad. Y al no esclarecer sus argumentos ninguna de mis dudas, quedo en la misma incertidumbre que he manifestado en un principio, y es para mi una verdad aquella profunda y filosófica sentencia: «el hombre es siempre hijo de las circunstancias.»

Emiliano Martinez.

DISCURSO DE VICTOR HUGO.

(CONCLUSION.)

La España magníficamente dotada, la España que habia recibido de los romanos su primera civilizacion, de los árabes su segunda, y de la Providencia, á pesar de vosotros, un mundo, la América, la España ha perdido merced á vosotros, merced á vuestro yugo de embrutecimiento, que es tambien yugo que degrada y que empequeñece. *(Aplausos en la izquierda)*, la España, digo, ha perdido el secreto del poder que habia tomado de los romanos, el genio de las artes que le inspiraron los árabes, y el mundo que le habia regalado Dios, recibiendo la Inquisicion de vuestras manos á trueque de todo aquello que le habeis hecho perder. *(Conmocion.)*

La Inquisicion, que ciertos hombres de partido procuran rehabilitar hoy con cierta timidez púdica que yo les aplaudo. *(Prolongadas risas en la izquierda. Reclamaciones en la derecha.)* ¡La Inquisicion que ha quemado á cinco millones de hombres! (*Denegaciones en la derecha).* Leed la historia: la Inquisicion que exhumaba los muertos para quemarlos como á herejes. *(Es cierto)*: testigo de ello Urgel, Arnauld y el conde de Folcalquier: la Inquisicion que declaraba á los hijos de los herejes hasta la segunda generacion, infames ó incapaces de honores públicos, esceptuando solo aquellos, tales son los términos de las sentencias, *que hubieran denunciado á sus padres. (Profunda sensacion)*; la Inquisicion que en este momento mismo tiene aun selladas con el sello del índice en la Biblioteca papal los manuscritos de Galileo. *(Agitacion).* Sin embargo,

para consolar á la España de lo que le quitabais, ¡le regalais el sobrenombre de católica! *(Rumores en la derecha).*

¿Queréis saberlo? vosotros habeis arrancado á uno de sus más grandes hombres ese doloroso grito, que es vuestra mayor acusacion: «Prefiero que sea la grande á que se llame la católica.» *(Gritos en la derecha: interrupcion prolongada: varios miembros interrumpen violentamente al orador).*

Ahí teneis vuestras obras maestras: habeis apagado ese foco que se llama Italia; y habeis minado ese coloso que se llama España; cenizas es la una, la otra escombros. Ved lo que habeis hecho de estos dos grandes pueblos. Ahora bien, ¿qué es lo que quereis hacer de la Francia? *(Prolongada conmocion).*

Venís de Roma: os felicito por ello, pues allí habeis conseguido una gran victoria! *(Risas y bravos en la izquierda)*: venis de poner una mordaza al pueblo romano y quereis poner otra al pueblo francés. A la verdad que esta es más gloriosa empresa; pero cuidado con lo que se hace; que el pueblo francés es un leon lleno de vida. *(Agitacion).*

¿Qué cosa quereis atacar, pues? Voy á deciroslo; la razon humana. ¿Por qué? Porque ella ilumina. *(Sí! Sí! nó! nó!).*

Sí, ¿queréis que os diga lo que os importuna? ¡Esa enorme cantidad de luz libre que la Francia despide hace tres siglos; luz hecha de razon; luz más brillante hoy que nunca; luz que hace ser á la nacion francesa la nacion iluminadora, de tal suerte que se perciba la claridad de la Francia en la faz de todos los pueblos del universo: *(Sensacion)*: pues bien, esta claridad de la Francia, esta luz libre, esta luz directa, esta luz que no viene de Roma, pero que viene de Dios, esta luz ¡es la luz que quereis estinguir! *(Es cierto)*, y esta luz ¡es la que queremos conservar! *(Sí! Sí! Bravos en la izquierda).*

Rechazo vuestra ley. La rechazo porque confisca la enseñanza primaria; porque degrada la enseñanza secundaria; porque rebaja el nivel de la ciencia; porque empequeñece á mi país *(Sensacion).*

La rechazo porque soy de aquellos á quienes se les oprime el corazon cada vez que la Francia sufre por cualquier motivo alguna disminucion, ya de territorio como por los tratados de 1845, ya de grandeza por vuestra ley. *(Vivos aplausos en la izquierda).*

Señores, permitidme que antes de concluir, desde lo alto de esta tribuna dirija al partido clerical, al partido que nos invade *(¡Atencion! ¡atencion!)* un serio consejo. *(Rumores en la derecha).*

No es habilidad lo que le falta: cuando le ayudan las circunstancias es fuerte, y conoce el arte de mantener á una nacion en un estado misto y lamentable que no es la muerte, pero que tampoco es la vida *(Eso es cierto)*. A esto le llaman gobernar *(Risas).*

Este es el gobierno por medio del letargo *(Risas)*: pero que se guarde; pues nada que se parezca á esto conviene á la Francia, y es un azar muy temible dejarle entrever solamente á esta Francia, un ideal como el siguiente: la sacristía soberana, la libertad vendida, la inteligencia vencida y encadenada, los libros desgarrados, el sermon en lugar de la prensa, la oscuridad en los espíritus producida por la sombra de las sotanas y los ingenios aporreados por los pertigueros. *(Aclamaciones en la izquierda).*

Evidentemente el partido clerical es hábil; pero esto no le impide que sea cándido *(Risas)*. ¡Teme el socialismo! ¡Quiere atravesar la oleada y procura oponer á esa oleada que sube, que avanza, un obstáculo desportillado! Quiere atravesar la oleada y se imagina poder salvar la sociedad combinando para defenderla las hipocresías sociales con las resistencias materiales, colocando un jesuita donde falte un gendarme! *(Risas y aplausos)*. Da lástima.

Lo repito, guárdese, porque el siglo décimo nono le es contrario: no se obstiue y renuncie á dirigir esta grande época llena de instintos profundos y nuevos; pues de lo contrario solo conseguirá coronarla, desarrollar imprudentemente cierta faz temible de nuestro tiempo y hacer surgir terribles eventualidades. Sí, con este sistema quiere hacer salir, insisto en ello, la educacion de la sacristía y el gobierno del confesionario·

(Larga interrupcion: gritos de ¡al órden! Muchos miembros de la derecha se levantan. El presidente y Victor Hugo entablan un coloquio que no puede oirse en medio del violento tumulto: el orador continúa).

Con esta doctrina que una lógica inflexible y fatal trae consigo, á pesar de los hombres mismos, haciéndola fecunda para el mal, con esas doctrinas que horrorizan cuando se las considera en la historia... (*Nuevos gritos de ¡al órden!*).

Sí, con este sistema, con esta doctrina y con esa historia, sépalo el partido clerical, donde quiera que esté, engendrará revoluciones; donde quiera para evitar los Torquemada se caerá en los Robespierre. (*Sensacion*).

Hé aquí lo que hace del partido que se titula católico un grave peligro público. Y aquellos que como yo temen igualmente para las naciones así el trastorno anárquico, como el adormecimiento sacerdotal, lanzan el grito de alarma cuando es tiempo todavía: que se piense bien en esto. *(Rumores en la derecha).*

Me interrumpís: los gritos y murmullos ahogan mi voz.

Señores, os hablo, no como agitador, sino como un hombre honrado. (*¡Atencion! ¡atencion!*).

¡Ah! señores, ¿por ventura soy sospechoso para vosotros?

Gritos á la derecha: Sí, Sí!

Victor Hugo: ¿Con que soy sospechoso y lo decís vosotros?

Gritos á la derecha: Sí, Sí!

Inesplicable tumulto: una parte de la derecha se levanta é interpela al orador impasible en la tribuna.

¡Pues bien! forzoso es esplicarnos sobre este punto: (*Se restablece el silencio.*) Pues es en cierto modo un hecho personal, y creo que escuchareis una esplicacion provocada por vosotros mismos. ¡Ah! ¡con que soy sospechoso para vosotros! y ¿de qué? soy sospechoso para vosotros; pero el año último defendia yo el órden amenazado como defendería el órden mañana si el riesgo viniese por esta parte. (*Conmocion*).

Soy sospechoso para vosotros; pero lo era igualmente cuando cumplia mi mandato de representante de París, evitando la efusion de sangre en las barricadas de junio. *(Bravos en la izquierda, nuevos gritos á la derecha, comienza el tumulto).*

El orador continúa.

¡Conque no quereis oir una voz que defiende resueltamente la libertad! Si soy sospechoso para vosotros, tambien lo sois para mí. El país nos juzgará á todos. (*¡Muy bien! ¡muy bien!*

Señores, la última palabra. Acaso soy uno de aquellos que han tenido la dicha de hacer á la causa del órden, en circunstancias difíciles y recientes, algunos oscuros servicios, habrán sido olvidados, no los recuerdo; pero en este momento tengo derecho á apoyarme en ellos. *¡No! ¡No! ¡Sí! ¡Sí!*

Yo soy uno de aquellos que quieren para este noble país la libertad y no la compresion, el acrecentamiento contínuo y no el aminoramiento, el poder y no la servidumbre, la grandeza y no la nada. (*Bravos en la izquierda*). Sin embargo, hé aquí las leyes que vosotros nos presentais. Vosotros gobernantes, vosotros legisladores, quereis detenernos. ¡Quereis detener la Francia! Vosotros quereis petrificar el pensamiento humano, ahogar la antorcha divina, materializar el espíritu. (*¡Sí,! ¡Sí! ¡No,! ¡No!*) Pero vosotros no veis los elementos de los tiempos en que vivís, ¡estais en vuestro siglo como estranjeros! *(Profunda sensacion).*

¡Cómo! en este siglo, en este gran siglo de las novedades, de los descubrimientos, de las conquistas, ¿vais á soñar con la inmovilidad? (*¡Muy bien!*) ¿En este siglo de esperanza proclamais la desesperacion? (*Bravo*). ¡Cómo! ¿echais por tierra á guisa de hombres fatigados, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir y decís: Basta ya, no vayamos más adelante, detengámonos? (*Negativas en la derecha*). Pero vosotros no veis que todavia, viene, se mueve, crece, se transforma y se renueva en torno de vosotros, sobre vosotros, y debajo de vosotros. (*Conmocion.*)

¡Ah! ¡vosotros quereis deteneros y dete-

nernos! pues bien, yo, os lo repito con profundo dolor, yo que ódio las catástrofes y los trastornos, os advierto que llevais la muerte en el alma. (*Risas á la derecha.*) Vosotros no quereis el progreso, tendreis las revoluciones. (*Profunda agitacion*). A los hombres que sean bastante insensatos para decir: la humanidad no caminará, responde Dios haciendo estremecer la tierra. (*Grandes aplausos en la izquierda*).

UNA TARDE
EN LA FUENTE DEL BOURE.

A mi hermano en creencias D. G.

Hermano mio: Tu que eres tan aficionado á las tranquilas delicias del campo, tú que á semejanza de un pájaro enjaulado cuando sales del encierro de las ciudades corres presuroso á escalar los montes.

Tú que emmudeces ante los encantos de la naturaleza, y encuentras á Dios en los bosques y en los valles, á quién mejor que á tí, puedo dedicar las impresiones que recibí una tarde en el campo. Escúchame, no te voy á contar nada de particular, sino á decirte sencillamente lo que sentí.

Para nosotros los espiritistas nuestro círculo de relacion es inmenso, ilimitado, tenemos nuestros amigos invisibles y nuestras preferencias con ellos, porque la simpatia del alma se comunica sin necesidad de que el espíritu se haga tangible á nuestros ojos.

¿Te acuerdas de un anciano llamado Pedro Segú, que murió el 28 de Agosto del año 76 cuyo entierro tanto llamó la atencion, porque la iglesia le negó la sepultura de su propiedad, por ser el finado espiritista y hubo que enterrarlo fuera del cementerio? Pues bien; á Segú no le conocí en la tierra, pero por las circunstancias de su entierro, por lo bien que me hablaban de él sus deudos y amigos, pensaba en aquel espíritu con melancólica satisfaccion y me causaba pena no haber estrechado su mano en la tierra. ¡Escasean tanto los hombres buenos! que debemos amar á los pocos que hay. Un incidente que te contaré, acabó de conquistar mi cariño y mi admiracion hácia Pedro Segú.

En la tierra, por muy espiritistas que seamos, no nos gusta perder nuestros derechos; esta es la verdad, nuestra creencia no nos impide el estar unos con otros, como los perros y los gatos: siempre con la mia, sobre la tuya, así es que la familia y amigos de Segú pusieron el grito en el cielo al ver que el anciano habia sido desposeido de la tumba que le pertenecia, y se decidieron á interrogar á quien correspondiera, para ver quien tenia la razon, y cuando más entusiasmados estaban todos, escribiendo oficios para dar principio á la demanda, hete aquí, que en la sesion espírita donde Segú asistió en vida, siguió asistiendo en espíritu; y escogiendo por intérprete al que más empeño tenia de todos ellos en revolver á Roma con Santiago, como se dice vulgarmente, dió al traste el buen viejo, con todo el plan de sus hermanos; pues con su mismo lenguaje catalán, con sus frases de costumbre, y su modo pausado y sentencioso, se dirigió á sus hijos y á sus amigos y les dijo así:

«Que no queria de manera alguna que su cuerpo fuera sacado de donde estaba, porque se encontraba enterrado donde debia estar.»

«Que habiendo dejado de pertenecer á la iglesia romana, ¿á qué habian de estar sus restos entre sus muertos?»

«Que abandonaba la sepultura de su cementerio, como habia abandonado sus creencias.»

«Que no se apuraran porque le hubiesen quitado su propiedad.»

«Que qué importaba poseer un pedazo de tierra dentro ó fuera del campo santo, si toda la tierra era sagrada, puesto que toda ella era obra de Dios.»

«Que espiritista habia sido en vida, y justo era que su tumba, siguiera demostrando la creencia que él habia sustentado.»

«Que dejaran á su cuerpo disgregarse en paz, y que les prohibia terminantemente dar un solo paso en la demanda que intentaban hacer.»

«Que cumplieran su mandato, que respetaran su voluntad.»

Pocas comunicaciones nos han satisfecho tanto por su autenticidad como la de Pedro Segú, primero porque despues de manifestar su deseo, habló con sus hijos de asuntos de familia ignorados de todos, segun ellos manifestaron, y segundo por que el medium era el primero que habia iniciado la cuestion de la demanda, y él mismo tuvo que decir lo que su independiente voluntad rechazaba.

¡Que contrariedad! Esto sí que es verdaderamente un fenómeno que demostraba que el medium leal es la simple máquina de que se vale el espíritu!

Cuando el medium se despertó y le enteraron de lo que habia dicho Pedro Segú, su contrariedad no tuvo límites, y decia con impaciente enojo:

—El abuelo me ha puesto en un compromiso, y me ha fastidiado por completo, en tanto que los hijos de Segú movian la cabeza y murmuraban:

—Cosas del padre, siempre ha sido lo mismo, parece que no ha dejado de ser todavia quien era, recto y severo hasta la exageracion: y se miraban unos á otros con significativa sonrisa como diciendo; quien manda, manda.

Aquel descontento general nos llenaba de intima satisfaccion, porque veiamos la verdad de la comunicacion, que es la piedra de toque que tiene el espiritismo: y el carácter noble y decidido del anciano simpatizaba tanto con nuestras idéas que desde aquel momento fué Pedro Segú, uno de nuestros mejores amigos.

De vez en cuando se ha comunicado puramente en familia y siempre me han gustado sus buenos consejos encaminados todos ellos, al progreso de los suyos y de sus amigos.

Teniendo que abandonar uno de sus hijos, la antigua casa de la fuente del Boure, donde el anciano Segú vivió cincuenta y tres años, y de donde no se aparta su espíritu, me rogó en una de sus comunicaciones que fuera á visitar la cuna de sus descendientes antes que estos dejaran la morada que los vió nacer.

Pasaban los dias y nuestra visita se demoraba, y Segú no dejaba de repetirme que no olvidara su encargo.

Al fin lo cumplí, y acompañada de otros hermanos, llegué á la fuente del Boure, que es un paraje agreste cuyo terreno caprichosamente accidentado presenta bonitos paisajes, con variadas y agradables tintas.

La antigua casa de Llechsali, (vulgo del Boure) de aspecto sombrío y monacal, se eleva majestuosa é imponente entre ribazos y collados, y más que casa señorial, parece un monasterio arruinado, sintiéndose en aquel sitio la imperiosa necesidad de pensar en algo, hay algo que murmura y que nos dice: entrégate á la meditacion.

Para mi el campo, sin ser una *poetisa romántica* (que gracias á Dios no lo soy) no tiene el atractivo que tiene para la generalidad, que solo salen de su casa y ván á los bosques á correr, y á gritar, á comer y á beber, sin pararse á contemplar las bellezas de la creacion.

No; yo en el campo me encuentro muy bien, respiro mejor, tengo más vida, mi pensamiento sonrie, pero le gusta sonreirse únicamente para Dios: me gusta aislarme y oir las voces de mis amigos vagas, confusas, casi perdidas en la distancia.

Yo creo que el campo es el templo que Dios tiene en la tierra, y para orar me gusta estar sola, por esto, siguiendo mi antigua costumbre, cuando llegué á la fuente del Boure, me alejé de la familia, para pensar en algo, y para hablar con mi amigo Pedro Segú, al que le pregunté por que me había hecho ir á aquel lugar.

No tardó en contestarme, porque si bien no oí su voz, sentí en cambio un bienestar indefinible.

Una tristeza tan dulce..... que me hizo llorar, sin sollozos, sin esfuerzo, sin fatiga.

Todos los séres que he amado pasaban ante mí.

Las diversas ciudades que he visitado las veia léjos, muy léjos.

Mi pensamiento iba perdiendo su acritud, para mis enemigos, y la vehemente ternura que consagro á las íntimas afecciones de mi

alma, se iba disipando, y amigos y adversarios los confundia en un solo afecto, y á cuantos séres he conocido en mi vida, los veia envueltos en una especie de bruma que lentamente me separaba de ellos.

Mi mente, de contínuo fatigada se encontraba más libre.

Me parecia como si hubiese pagado á muchos acreedores, y me quedase tranquila con el saldo de las cuentas.

Una dulce languidez se apoderó de todo mi sér, y me decia á mi misma.

¡Ahora vives para tí!

Este tiempo, es esclusivamente tuyo.

¿Si sentiré esta impresion al morir? y al decir esto, algo tibio resbalaba por mis mejillas.

Seguí mirando á la bóveda azulada pidiéndole á Dios ver algo más de lo que veia.

¡Y pedí con tanta fé!

Tenia tanta, tanta sed de infinito, que mis ojos vieron destacarse en el fondo azul del cielo un punto en forma esférica de un azul pálido del cual irradiaba una dulce claridad, y del cual partian multitud de líneas negras que tortuosamente se estendian figurando el cielo un mapa inmenso.

No encuentro otra comparacion más exacta, es la más gráfica que he podido hallar.

Un corto rato estuve mirando aquella nueva carta geográfica y llamé á una amiga á ver si la veia ella tambien; pero me dijo que no veia nada más que el cielo azul, y me quedé convencida que por más de diez minutos, me habia sido concedido el ver lo que no veian los demás.

Para las almas fatigadas y cansadas de la lucha de la vida esas horas de reposo son verdaderamente necesarias.

El cuerpo abatido por el esceso del trabajo necesita del sueño para reparar sus fuerzas, y al espíritu les son indispensables el aislamiento y la meditacion, para recobrar aliento y emprender nuevamente su camino.

Esto me sucedió á mi, las voces de los hijos de Segú, llegaron hasta mi y salí á su encuentro.

Nos sentamos formando círculo y el medium del cual siempre se vale Segú se concentró, y nos dijo lo que no esperábamos.

Habiamos hablado en otras ocasiones, que el espíritu de Pedro Segú estaba del mismo modo que cuando vivia en la tierra, que se esplicaba con la misma lentitud y dificultad y que todo lo apreciaba como ántes y no faltó quien dijera que no habia adelantado nada.

Nos habiamos preguntado aquella misma tarde unos á otros qué sensacion se sentiria al morir, y el espíritu que se apoderó del medium nos dijo:

«Que el anciano querido de sus amigos.»

«Que el padre tan amado de sus hijos estaba entre nosotros sumamente satisfecho porque habiamos cumplido su deseo, que era vernos á todos reunidos en aquellos campos, que él habia regado tantas veces con su sudor.»

«Que su guia tenia que hacernos una aclaracion.»

«Que el espíritu de Pedro Segú estaba en muy buen estado, capáz de dar grandes y profundas instrucciones; pero que como éramos tan pequeños y tan desconfiados, no habia querido presentarse á sus hijos de distinta manera, temiendo que estos dudaran de la identidad de su espíritu; y como estaba cerca de nosotros con el único fin de aconsejarles, y de guiarles por la senda del bien, por esto era necesario que sus hijos no dudaran de la personalidad de su padre, para que lo creyeran y le obedecieran,»

«Que en cuanto á la pregunta que nos habiamos hecho de lo que sentiriamos al morir, nos decia, que dos espíritus que tuvieran las mismas condiciones de adelanto moral é intelectual, con la sola diferencia de ser uno espiritista, y el otro no, que al morir el anti-espíritu no se daba cuenta de lo que le pasaba, y su turbacion era el resultado natural de su ignorancia respecto á la vida de ultra tumba; en tanto que el espiritista, al dejar su envoltura reconocia su estado, *sabia* que habia muerto su cuerpo, tenia conciencia de la vida de su espíritu, y no podia turbarse quien conocia donde se encontraba, y como estaba.»

«Que Pedro Segú se hallaba tan conmovido que el amor lo vencia, tanto queria á los suyos!»

«Que la emocion lo dominaba.»

«Que queria decirnos algo pero que dudaba que pudiese hablar.»

El medium enmudeció.

Su rostro se coloreó.

De sus ojos brotaron abundantes lágrimas.

Su pecho se agitó.

Sus lábios se entreabrieron, pero no modularon un sonido.

¡Nada! ¡nada! ¡nada nos pudo decir!

Momento solemne que jamás olvidaré.

Uno de los hijos de Segú lloraba silenciosamente.

Los nietos del anciano miraban al medium sin estrañeza, y con su dulce sonrisa parecian preguntarle. ¿Por qué lloras?

El silencio de Pedro Segú era más elocuente que todos los discursos de los grandes tribunos de la tierra.

El silencio tiene su lenguaje, por más que esto parezca inverosimil, pero es la verdad.

El silencio muchas veces, es la esencia del sentimiento que absorbe el cáliz del alma.

Yo miraba á los hijos de Segú que permanecian inmóviles escuchando algo que adivinaban, pero su religiosa atencion fué interrumpida por la voz del guia, que con paternal reproche le dijo al espíritu de Segú.

—¿Ves como no has podido hablar? la emocion te vence, el amor te domina, bien sabia yo que el sentimiento tendria más fuerza que tu voluntad.

—Hermanos mios, replicó el guia despues de esperar algunos instantes.

Pedro Segú os bendice y sean sus lágrimas el rocío bendito que caiga sobre vuestras frentes.

Todos nos quedamos insimismados y cabizbajos.

Todos queríamos haber oido hablar á Pedro Segú.

En aquellos momentos nos acordamos de los falsos mediums y de los fenómenos que se obtienen á gusto y placer del espectador, y deciamos.

¡Cuán distinta es la mentira de la verdad!

Todos hemos venido aquí para oir hablar al anciano Segú, sin contar con que el espíritu se impresionára con los recuerdos de su juventud, y que al ver á sus hijos y á sus nietos reunidos en un sitio para él sagrado, y sabiendo quizá la suerte que les aguarda á los suyos, (que sabe Dios cual será) lo dominó el sentimiento, y solo pudo llorar, el que casi siempre, con sus intencionados chistes, nos hacia reir.

Qué importa que los falsos mediums, vendan sus fenómenos, y que las prisiones de esos escamoteadores se sucedan, que los procesos se repitan, y que los escándalos se multipliquen, si todo eso es inútil para desvirtuar el espiritismo cuando su razon deja sentir su voz, cuando su luz irradia, no en los grandes salones, no en lujosos teatros, sino entre gente sencilla, ignorante y humilde, que ama á Dios sin fanatismo, y busca la verdad, no para la esplotacion, no para la estafa, no para el lucro, sino para mejorarse cada uno de por sí, educando á sus hijos en la ley del amor.

Cuán hermoso es el espiritismo despojado de los accesorios que le dá la ignorancia de los unos, y la mala fé de los otros.

¡Esta íntima relacion que existe entre los vivos y los muertos es verdaderamente, el raudal de la vida!

Las horas pasaron, quizá más breves, porque eran más bellas, y tuvimos que abandonar aquel paraje donde tanto pensamos y sentimos.

Si, amigo mio; dejé con pena aquel lugar apacible y melancólico; porque en la completa soledad que disfruté algunos instantes me encontré más acompañada que nunca.

Tu agradable recuerdo me acompañó constantemente, y en prueba de ello te envio un débil traslado de lo que sentí.

Débil, si, porque á proporcion de lo que sentimos, ¡sabemos transcribir tan mal nuestras sensaciones!

¡El lenguaje del hombre es tan pobre!

Decia un diplomático moderno que la palabra habia sido concedida al hombre, para disfrazar su pensamiento: y es la verdad, ¿que más, sino que feos disfraces son nues-

tras palabras, comparadas con la belleza de los sentimientos que agitan nuestro sér?

Ni la prosa más elocuente.....

Ni la poesía más inspirada, podrán describir nunca lo que sentimos en algunas ocasiones.

«Hay horas que dejamos el lodo de la tierra,
el pensamiento avanza, se vá á la inmensidad;
comprende la grandeza que el universo encierra
y busca nuevos mundos allá en la eternidad.»

«Hay horas en la vida que son revelaciones;
hay sitios, hay lugares que dicen: id en pos
de nuevas maravillas y nuevas impresiones,
seguid, seguid la senda que os llevará hasta (Dios.»

«Cuando se eleva el alma, las horas no se (cuentan;
el tiempo de la tierra lo vemos deslizar;
sin comprender que mueran los séres que hoy (alientan:
mirando á Dios, el hombre ¿de qué se ha de (acordar?»

«Las grandes sensaciones que á nuestro sér (agitan
no pueden nuestros lábios hacer su descripcion,
las fuertes impresiones que á nuestra mente (escitan
tal vez con sus latidos las pinta el corazon.»

«Es aún nuestro organismo tan pobre y tan (pequeño,
que todo lo que es grande enerva nuestro sér;
la inspiracion suprema, como intranquilo sueño,
nos arrebata, y luego, nos hace emmudecer.»

«Si yo decir pudiera lo que la mente mia
concibe en esas horas de plácidad quietúd;
mis cantos con asombro el mundo escucharia,
porque demostrarian de Dios la excelsitud.»

«Y no es jactancia loca, que el pensamiento (avanza
y llega á confundirse en esa inmensidad,
con esa luz brillante que llaman esperanza,
con ese sol que irradia allá en la eternidad.»

«Mas ¡ay! que en mi impotencia inclínase mi (frente,
mis lábios ni una nota alcanzan á decir,
adoro la grandeza del sér omnipotente
y olvido que hay pasado, presente y porvenir.»

. . . .

Adios hermano mio; acepta mi relato.

Pobre en la forma.

Confuso en sus conceptos.

Escasa ó más bien nula es su valía, pero está impregnado de sentimiento, de amor y fé.

Amalia Domingo y Soler.

INCLINACIONES.

Si el conocimiento de la pluralidad de existencias del alma, fuera mal conocido, nos atrevemos á creer que los hombres pensadores sabrían darse cuenta, con más razon, del *por qué* de las inclinaciones; pero desgraciadamente, sucede que los que obligados están á buscar y exparcir la luz, tan necesaria para el desarrollo de las inteligencias, se obstinan en no dar un paso, para ellos inconveniente, fuera del limitado circulo de sus preocupaciones. Esto, que para algunos, puede parecer un grito de desesperacion es una verdad irrefutable Si; nuestros hábitos basados en el más craso fanatismo, pone una espesa venda ante nuestra vista, y nos impide ver y apreciar los hechos despojados de toda parcialidad.

Para poder apreciar y juzgar es preciso buscar en toda la verdad, alejando de sí toda preocupacion, de lo contrario no hacemos mas que aumentar y propagar el error. Así pues, no comprendemos como rectos y sanos criterios se valen de rídiculas evasivas para negar lo que la lógica nos confirma.

Pregunta sinó á uno de esos reconocidos sábios que todo lo refutan con argumentos *sui generis*: ¿A qué atribuir la diferencia de las inclinaciónes? y su respuesta no podrá ser más inconexca.

Muchos son los que al hacerles la antedicha pregunta, han contestado, que la inclinacion no es más que un don con que el Hacedor ha querido adornar á este ó aquel espíritu para evitar la monotomía que, con la igualdad de inclinaciones veriamos en la humanidad. La contestacion á primera vista, es hasta lógica y hasta convincente, pero, para nosotros los espiritistas no podemos conformarnos con ella, cuando sabemos que cada cual al venir á la tierra trae consigo reminiscencias de una ó más existencias pasa-

das, por las cuales siéntese inclinado á este ó aquel objeto, y esto lo prueba la infinidad de individuos que, sin haber aprendido un oficio, sin haber cursado letras, é ignorando completamente las reglas poéticas, han hecho cosas admirables, que otros, con sus estudios; sólo han podido hacer medianamente.

Nosotros hemos conocido en la Habana, un hombre de color que no sabia, como vulgarmente se dice, hacer una O con un vaso, y sin embargo, versificaba como pudiera hacerlo un buen poeta.

No hace mucho oimos decir á un rico hacendado del Ampurdan, que en una de sus haciendas habia un pobre pastor, nacido en aquellas montañas, que tal era su inclinacion al arte de relojería, que con un mal cuchillo, habia construido un relój cuya máquina era de madera y que era tal su exactitud que en tres años no habia habído sino siete minutos de diferencia con el reloj de la torre de la villa. Y más aún. Su precioso relój de bolsillo, habia sido arreglado por dicho pastor dos veces distintas, marchándole en la actualidad con una precision admirable.

¿Será esto un don con que el Hacedor habia querido adornar á ambos? Tal vez sí, pues él todo lo puede, pero nosotros estamos muy convencidos, sabiendo que Dios no tuerce sus leyes establecidas, que sólo á la reminiscencia se deben estas y otras inclinaciones.

La pluralidad de existencias del alma es la llave maravillosa que nos abre de par en par la puerta tras la cual se han tenido, hasta ahora, encerradas muchas cosas naturales que, la conveniencia y el fanatismo nos habian presentado como misteriosas y de origen sobrenatural.

No hay duda, el espiritismo, mal que le pese á algunos, está verificando una transicion tan provechosa para la humanidad que el negarlo seria faltar á la razon más pura.

¡Dichosos nosotros que hemos vuelto á la tierra en esta época feliz! y más dichosos aún si volvemos cuando más depurados estén los espíritus que la habiten porque quizá entonces el espiritismo será la luz resplandeciente que alumbre todas las conciencias.

José Arrufat.

Carta obtenida medianímicamente por el médium Juan Perez.

Á UNA AMIGA.

No se enciende una antorcha y se pone debajo del celemin sino sobre el candelero para que alumbre á todos los que están en casa.

(San Mateo, cap. V y 15.)

Si me debo á tu amistad, Manolita, me debo en el corazon y en la inteligencia; grande es el primero, insuficiente la segunda para llenar todo el vacío de tu alma desolada, agobiada de tristísimos recuerdos, exacerbada por enormes penas; si yo las pudiese aminorar con los consuelos de la esperanza, habria conseguido el objeto que me propongo.

Te he visto derramar lágrimas, evocar el sacratísimo nombre de tu madre, fijando tu mirada en el cielo como si en su fondo azul pretendieras hallar la imágen de tus pensamientos y de tus oraciones, has oido del modo que te he hablado respecto á mis creencias y quiero resumir en esta carta el estado de mis convicciones filosóficas, por si pueden hallar eco en tu corazon y derramar sobre tu alma ese bálsamo de resignacion y de dulzura que cicatriza las heridas más crueles.

La vida no mereciera ni la sonrisa del desden, ese sello del disgusto y del hastío que sale á nuestros lábios, como un erupto que promueve el dolor, si al través de esas nebulosidades de nuestro entendimiento, de esos misterios que nos rodean y de esas inquietudes que nos asaltan, no viésemos un objeto que nos atrae, una esperanza que nos anima, un Dios que nos espera..... no podremos decir qué es, no podremos definir la belleza que se oculta á nuestros ojos, pero la ley de la muerte, esa prescripcion de la naturaleza nos lleva á lo desconocido con el temor del corazon que se queda y con la sonrisa del alma que se vá.

El saber pensar es saber vivir y saber morir; no esperes amiga mia qne nadie te diga de que modo se vive para saber de qué manera se muere: el mundo ha condenado al hombre á vivir

con el hombre y el hombre es su propio enemigo, á pesar de Sócrates y de Jesús; no se esplica de otro modo el martirio, la proscripcion y el anatema.

De niños nos enseñaron á temer, ¿no has soñado alguna vez con el infi rno? ¿no has aborrecido al despertar al que ha perturbado tu imaginacion con esas asechanzas de la educacion jesuítica? han pretendido formarnos y solo han desarrollado en nosotros, el nervio de la debilidad y la cobardia, en vez de la inteligencia que domina y sofoca todas las tempestades de las pasiones. En todas partes hemos visto á Dios crucificado, manando sangre de sus abiertas heridas, la esponja de la hiel sobre sus lábios, las sienes claveteadas con la corona de su doble martirio; en todas partes hemos visto estas epopeyas del dolor, pero al lado de estas imágenes tan desnudas y descarnadas que hacen brotar las lágrimas de nuestros ojos, hemos visto tambien llamas, chisporroteo, alaridos, garfios, tinieblas, risas de demonios, una mescolanza horrible, un aspecto que repugna á nuestra alma: míralo en todas las iglesias, en todos los cuadros, en todas las cajas en donde se implora la piedad para los difuntos, esta es la poesía del sacerdocio ante la cual, el hombre ó se rinde embaucado, ó prorrumpe en vituperios y estalla como Jesús en sentimiento de noble indigna contra los impios y mercaderes del templo.

Manolita meditemos bien; ¿nuestras debilidades, nuestro escepticismo ó nuestra dudá á donde nos llevará? ¿que senda vamos á recorrer en esta vida? ¿vamos á ser buenos por el temor ó por la profunda conviccion que sentimos de que la bondad es la naturaleza y la norma del espíritu elevado y pnro? ¿vamos á rendir homenaje á las prescripciones de los hombres, al pié del confesonario donde una voz áspera y ruda nos acrimina por aquello que pareciere á la infalibilidad de un padre sin hijos y sin cariño que toma rapé y acaricia en sn imaginacion los sentimientos más profanos, ó rendimos homenaje al eterno ante la contemplacion del universo, derramando luz sobre nuestras almas, ávidas de espansion, y de ese silencio, en donde percibimos el misterioso beso del Altísimo en nuestras frentes surcadas por la violencia de la pena?

Respóndeme con tu corazon ¿quiénes han de ser nuestros libertadores? los hombres ó nuestros propios pensamientos? y luego de qué nos han de liberiar? que delito merece nuestra eterna condenacion? ¿dónde se forjan esas cadenas tan espantosas, qué ángeles las funden y en qué crisol de la gloria está ese fuego candente que no destruye las alas de los querubines del Señor? qué hijo de hombre vá á creer en Dios si quema á su madre? puede concebirse más abominable heregía? Apártate de esa idea que la razon combate, ella amargaria tu existencia porque es la idea más desastrosa que ha producido el siglo de la muerte.

Amemos á Dios con la sinceridad que debemos á nuestro padre; si el temor, si el llanto, si la consternacion empaña á nuestro espíritu, puro por su naturaleza como la trasparencia de los cielos, si la dignidad del hijo no siente sobre su corazon la infinita misericordia del padre, entonces ¿de dónde procede. de la *misericordia* (1) ó de la misericordia?

Léjos de mi ánimo, defender la impunidad de las acciones y de las obras porque todas ellas, están en mi creencia, de que se estereotipan en el sufrimiento y la espiacion, como se estereotipan en el Océano las brumas del espacio y las tempestades de la naturaleza. Pero todo tiene término, el huracan pasa, la ceguera del entendimiento se despeja, las brumas del espacio y del espíritu se desvanecen, ¿no es más puro el sol despues de la tempestad? no es más límpido el cielo despues que el rayo ha purificado la atmósfera y renovado el deletereo ambiente que nos asfixiaba? Toda culpa tiene su espiacion, esta es mi creencia, la enormidad de la pena está en relacion con la enormidad de la culpa, este es el dogma que establece el sentido comun, que admite nuestra conciencia y que está en armonia con los eternos principios de justicia.

Examinemos algunos puntos del Código romano, esa enciclopedia de la moral universal resumida en los ciento y tantos Concilios Ecuménicos desde San Pedro hasta el Pontifice actual Pio IX. Todos los pecados os serán perdonados. «Dice á la humanidad.» Lo que desligare el sacerdocio en la tierra, desligado quedará por el Padre en el cielo, esta es la interpretacion literal que hace feliz al orbe Católico, apostólico romano; cualquiera que caiga puede levantarse, el terreno de la vida es resbaladizo, es verdad, pero sobre él pueden caminar sin temor, las almas piadosas que en justa reparacion de sus culpas llevan al pié del tabernáculo lo sagrado de sus ofrendas. El que nada tiene para dar espia

(1) Casa de expósitos.

su delito con el dolor, y desligado queda todo y comprometida la esperanza de mejor destino al influjo de la sacra palabra de los pequeños dioses, pero á estos desligamientos ha de preceder una fé ciega, una sumision sin limites, un respeto profundo á las instituciones ortodóxicas, ver y callar, á esto se reduce el misterio, no de otro modo se esplican tantas piras levantadas en mitad de la plaza pública y ese hacinamiento de cadáveres y de huesos calcinados, que legó á la humanidad cristiana, el antiguo esplendor y brillo de nuestra santa religion; no de otra manera se esplica aquel mutismo y la estóica severidad de tantos fanáticos que consentian las epopeyas del dolor y del sufrimiento sin que se alborotase la sangre en sus venas ni la indignacion en sus almas.

Los tiempos han pasado, bendita nuestra razon, y nuestra independencia, no tendremos tanta moral segun ellos, pero hemos ganado en sentimientos, hoy impunemente por todos los cánones de Roma no consentiria el mundo civilizado la consumacion de un hecho bárbaro, ni el potro, ni la hoguera, ni el tormento.

Hoy se confiesa menos y por lo mismo ménos se delata tambien. El progreso mira con ojo avizor á todo lo que es inútil, y hasta las campanas han de fundirse para que sirvan de algo. No te preocupe nada más que tu conciencia ajustándola á todos los actos de amor y de caridad, no tengas otra religion más que tu deber, obligada siempre á lo más puro y á lo más santo, nuestro corazon está tocado de ese iman que atrae armónicamente á los mundos y á los espíritus á la suprema perfeccion; todo es recíproco, la pureza de nuestro cuerpo revela los dones de nuestra alma, tambien las moradas del espacio responden de la naturaleza de las humanidades que las habitan, nuestra única creencia ha de ser la esperanza fundada en nuestras obras, no esperes que nadie te redima, redímete tú con la propia solicitud de los ángeles que hacen suyos los dolores agenos, esta es la caridad.

El espiritismo es mi creencia y esta hermosa filosofía enseña esto. Sin caridad no hay salvacion. Si tuvieses una idea de la trascendencia de esta doctrina, si pudieses comprender el tesoro de virtud que encierra, llorarias ménos, esperarias más, y endulzarias los instantes de tu vida con los inefables consuelos de la esperanza.

En mi segunda te espondré una sucinta relacion de lo que contiene.

RECUERDO HISTÓRICO.

> Las utopias no son más que verdades prematuras.
>
> LAMARTINE.

Un dia resonó en el espacio un trueno, centelleó en el cielo un relámpago y penetró en un cerebro una idea: Dios habia hablado y su palabra se habia dejado oir para un hombre tan sólo.

Ese hombre, pobre de riquezas y rico de génio desde aquel momento de sublime inspiracion divina, sintió en sí una fuerza sobrehumana, irguió su cabeza enorgullecida y potente con aquel pensamiento, y corrió á revelar su fuerza á los poderosos de la tierra, pidiendo prestado un buque y ofreciendo como interés de aquel préstamo *un mundo;* pero nadie queria: la ceguera de los tiranos le rechazó llamándole *visionario* y la ignorancia de los pueblos se burló de él llamándole *loco;* palabras que son un pomposo título de gloria para esos en quien fructifica por primera vez el gérmen de una idea, y que oponiéndose á la corriente universal que les es contraria en sus esperanzas y cayendo luego en las garras de la envidia que les despedaza despues de sus triunfos, pasan á la historia como mártires de la creencia y como redentores de la ignorancia.

Aquel hombre expulsado de todas partes, á todas partes iba; tenia fé, y la fé es la incontrastable fuerza del espíritu; creyó y salvó su idea; habia llegado á un pueblo, y ese pueblo le acogió, le oyó y le protegió: no le dió un buque, pero le dió tres, y aquel inspirado loco surcó el Oceano en busca de su inspiracion. Dios hinchaba sus velas con el soplo de su divino aliento; un ángel iba á su lado sin abandonarle un instante, y él, puesta la mano en el timon, ponia á su vez los ojos en una estrella que le guiaba; muchos dias pasaron así y muchas noches corrieron de ese modo; sus compañeros de expedicion empezaban á desesperar, viéndose siempre rodeados de bruma y sin que el horizonte se tiñera nunca con el colorido de una tierra: «agua y cielo nada más, decian; volvámonos.» Pero él los miraba impávido, miraba la

estrella, miraba á su ángel, sentia rechinar sus velas, veia la proa de su barco hendir las olas y callaba, pero sin rendirse, en medio del general desaliento.

Cuantas veces al volver la cara para dar el último adios al camino recorrido contemplaba al sol levantarse periódicamente á su espalda como un navío de fuego, que flotaba en las olas, suspenderse luego en la perpendicular de su cabeza como el único brillante digno de su corona, y esconderse por fin frente á frente como queriéndole indicar con su propia ruta el ignorado camino y diciéndole con una voz tan dulce como el crepúsculo de la tarde: «¿me ves? pues por aquí voy á iluminar tierras feraces que me esperan, á calentar terrenos vírgenes que fecundo, y que un milagro de constancia te los va á enseñar á ti, hombre inmortal, orgullo del siglo XV y antorcha imperecedera que brillará por siempre en los anales del génio humano; ¡adios! sígueme.» Y le siguió, y un dia, en efecto, vió aparecer más allá del bauprés de su carabela una hada que se recostaba en un lecho de algas en medio del solitario y tumultuoso Atlántico, y que al sentir un ruido inusitado en su alrededor se habia incorporado, y estática miraba aquel aborto del mar.

El viento cesó entónces, y el ángel levantó el brazo, señaló la hada, sonrió y desapareció en el aire como una nube que se deshace; era la esperanza que se desvanecia ante la realidad. El hombre miró la hada, quiso contemplarla; pero le faltaban las fuerzas y cayó de rodillas al pié de su timon. Dios habia medido tambien el poder del hombre, que bastó para soportar las contrariedades, alcanzó hasta la realizacion de la empresa, pero se agotó en el momento de la contemplacion del prodigio. Era el máximun del poder del hombre, un poco más, y el prodigio sólo podia ser realizado por un Dios. Fué la victoria del hombre contra la humanidad. Victoria digna de ser cantada en la epopeya de un Homero que reuniese en sí la inspiracion de todos los Homeros de la humanidad.

Ese loco cuerdo, ese visionario sublime, desgarró de este modo el velo de tinieblas tras el cual se ocultaba entre la marejada esa hada que se llama América, pátria adorada, tierra clásica de la libertad hoy, paraiso del mundo siempre y que Cristóbal Colon soñó primero y casi creó despues ayudado de España, é impulsado por su génio al lanzarse en medio de las olas con sólo una estrella por guía, brújula, que como la de Oriente á los Magos, le condujo haciéndole descubrir el continente más hermoso del planeta, cuando (digámoslo siquiera al final, en desagravio de la historia) tan sólo pensaba hallar un nuevo derrotero marcado por la estela de su buque en las azules aguas del Océano.

Cuando Dios quiere empujar la locomotora de la civilizacion, hincha sus calderas con el vapor del génio, y así animada esa máquina divina del progreso, horada las montañas del espíritu y salva los obstáculos y precipicios con colosales puentes. El génio de Colon fué el vapor que la dió vida, para atravesar los campos que entrelazan dos momentos de la Historia: nacido en los finales de la Edad media para descubrir *un mundo* en los principios de la Edad moderna, es el eslabon sublime que une en este punto la cadena de la humana vida. Hombre creado expresamente para soportar la gigante sensacion de ver brotar á sus plantas una ignorada mitad de esta creacion que se llama Tierra. Otro corazon que no hubiera sido el que se anidaba en el pecho del inspirado genovés, hubiera reventado de seguro ante la repentina presencia de aquel suelo, que se alfombraba de flores para recibirle, que ostentaba laureles para coronarle y que balanceaba sus palmas como símbolo de su victoria.

Así nació esa *vírgen del mundo*, como la llama Quintana, desconocida hasta entónces de la Europa, y que se divisa claramente al otro lado del Atlántico, desde que la sorprendió Colon adormida por el arrullo blando de las brisas y recostada en el espumoso lecho de las olas que forman los dos mayores mares del globo, reclinando su cabeza allá en los témpanos de hielo de uno de los polos,

miéntras descansaba sus piés en las cuajadas aguas del otro, y á la cual, por una injusticia nunca olvidada y jamás perdonada, en la sucesion del tiempo ni en la extension del espacio, se le dá por nombre *América*.

(De *La Cuna de Cervantes.*)

VARIEDADES

¡TU REMORDIMIENTO!

A mi hermana E.....

Con espresivo acento tu me digiste un dia
—«Dime, ¿por qué no elevas dulcísima cancion?
Que de emociones ávida se encuentra el alma mia
Y quiero que tus cantos me causen impresion.

—

Yo te escuché en silencio, pidiéndole á mi (mente
Los sueños del poeta, en tierna idealidad;
Mas vi volar mis sueños, y con afan ardiente
Pedí al racionalismo la luz de la verdad.

—

No pidas á mis cantos torrentes de armonía:
Ni mágico entusiasmo, ni lánguido gemir,
Análisis tan solo verás en mi poesía;
Hermana de mi alma, ¿quieres mi voz oir?...

—

Yo cruzo este planeta soñando en el mañana;
No en bíblicos vergeles bañados de alba luz;
No en antros infernales donde la especie humana
Eternamente lleva el peso de su cruz.

—

No es ese limbo estéril donde los niños moran
Y estacionados quedan, (no sé por qué razon);
No en ese purgatorio donde las almas lloran,
Rogando al Sér Supremo las tenga compasion.

—

Yo no olvido en partes, lo que es desconocido:
No sigo de los hombres su necio proceder,
Que con audacia suma el orbe han dividido
Pintando á su capricho, mintiendo á su placer.

—

No creo porque me digan que *creer* es necesa- (rio;
La historia de las fieras (vulgo hombres) la leí:
Y ví que el hombre era de sí mismo adversario;
Y en caos tenebroso buscando un algo fuí.

—

El Dios del ronco trueno mi mente no aceptaba
El génesis sagrado, absurdo lo encontré;
Los *mundos casuales* tambien los rechazaba,
Y el lento desarrollo mi sola creencia fué.

—

Miré de las montañas las sucesivas capas
Y hallé en la geología el medio racional
Del desenvolvimiento del mundo y sus etapas
Y ví que el amor era la fuerza universal.

—

Ví que los infusorios se amaban y sentian,
Que por su amada especie sucumben sin gemir,
Y que los continentes su base les debian
Pues dan con sus despojos al mundo un porve- (nir,

—

Obreros incansables, baluartes han formado;
Con sus pequeños cuerpos, los montes su obra (son,
Y paulatinamente la tierra han trasformado
Amando en el silencio con santa abnegacion.

—

Miré de las palmeras sus místicos amores,
De plantas trepadoras sus quejas escuché;
Y oí como las aves de vívidos colores
Entonan en las selvas el himno de la fé.

—

Vi en la region del hielo luchar los elementos
Iluminar sus noches la aurora boreal;
Y se embriagó en perfumes mi ardiente pensa- (miento,
En los inmensos bosques del mundo tropical.

—

En todos los lugares, la sávia de la vida
Difunde manantiales, y crea con tanto ardor....
Que mi alma pensadora murmura conmovida
En la naturaleza su ley es el amor.

—

Efecto no hay sin causa, si la naturaleza
Es un idilio eterno, si todo dice ¡amad!...
¿En dónde de este cuerpo se encuentra la cabeza?
Preséntame tus biblias, responde humanidad.

—

Mas... no me des tus libros; No; no; los he
(leido,
Y en ellos¡hay sofismas que aturden la razon;
Pobreza de conceptos y un tema repetido
En misteriosas fábulas y nada en conclusion.

—

En tanto los planetas se agitan, se estremecen
Y hay algo que se cumple con justa esactitud:
¿A qué poder supremo los mundos obedecen?
¿Y quién dá al universo su eterna juventud?

—

El Dios que han inventado las sectas clerica-
les?...
. . . .
. . . .
¡Ah! no; ese no le ha dado perfumes á la flor
Ni acento á los torrentes, ni al lago sus cristales
Ni al ave enamorada su cántiga de amor.

—

El Dios del universo no vive en la mezquita,
No está en la sinagoga, no está en la catedral;
En la creacion su fuerza y su poder gravita,
Y el *polen* es su aliento, su aliento universal.

—

Su enviado es el progreso, divino sacerdote:
Pontífice infalible, nos dá su excomunion:
Si allá en nuestra conciencia no ve grabado el
(mote;
Que amar eternamente, es nuestra gran mision.

—

El es el juez del hombre, el que nos dice:
(«avanza
La ciencia sea tu guia, tu Dios la Caridad;
No olvides que yo tengo la bíblica balanza
No olvides que yo soy la luz de la verdad.»

—

Y cuando el hombre deja su mísera envoltura
Pregúntale el progreso.—«De qué fuistes en
(pos?...»
Si el alma le contesta.—Corrí tras la locura;
Replícale el progreso.—«Pues vé á buscar á
(Dios.»

—

«Reencarna nuevamente y acuérdate en tu
(vida
Que libre es tu albedrío, que es tuyo el porvenir;
Que tienes por herencia un tiempo sin medida
Trabaja, y ten acierto, tu prueba al elegir.»

—

Y el alma nuevamente reviste su ropage,
Prosigue su existencia con ámplia libertad;
Rindiendo á su capricho su culto y su home-
(nage.
¡Comprenda el visionario que no hay fatalidad!

—

Ya sabes dulce amiga al Dios que mi alma
(adora
Que el culto de los templos rechaza mi razon;
Que sufro si otro sufre, que lloro si otro llora
Y busco en el progreso mi eterna redencion.

—

Tú piensas cual yo pienso, tú gimes si otro
(gime,
Los pobres te rodean y con sencillo afan,
Practicas sin orgullo la caridad sublime:
No hay pobre que te pida que tú no le des, Juan.

—

Recuerdo con ternura, cuando con dulce
(acento
Tú me digiste, «Escucha,» (jamás lo olvidaré,)
«Amalia, si supieras!... tuve un remordimiento
¡Ay! que por mucho tiempo mi pesadilla fué.»

—

«Llegó á mi casa un ciego; con tono balbu-
(ciente.
Una limosna el pobre, con ansia me pidió:
Yo se la dí al momento; pero tan bruscamente...
Que luego mi conciencia: ¡Amalia! me acusó.»

—

«El llanto de mis ojos brotaba á borbotones,
Diciendo en mi amargura, si yo me viese así...
Sufriendo los desdenes y las humillaciones....
¡Perdóname, Dios mio! si al pobre le ofendí.»

—

Con un placer inmenso tu cándido relato
Yo lo escuché pensando que tu alma es celes-
(tial;
En tu remordimiento está tu fiel retrato.
¡Feliz de aquel que llora cuando comete un mal!

—

Feliz del que las quejas jamás escucha en vano,
¡Feliz del alma pura que va del bien en pos!
¡Feliz del que en el pobre contempla un tierno
(hermano!...
¡Los pobres son la escala para llegar á Dios.

—

¿Por qué todos los grandes no seguirán tu huella?
Por qué tu noble ejemplo no quieren imitar?
¿Por qué cual tú no atienden del pobre la querella?
¡Qué cuenta tan enorme les queda que saldar!..

—

Roguemos, dulce hermana, por esos desgraciados,
¡Qué Dios los ilumine con su divina luz!
¡Que sean los infelices por ellos consolados!
¡Que sigan el camino del mártir de la cruz!

Amalia Domingo y Soler.

DOLOR MUDO.

—

Iba yo contemplando
Del campo la feráz magnificencia;
De pronto resonando
Un tiro, con violencia
Cayó un ave á mis piés. La alcé del suelo,
Y el corazon se me cubrió de duelo.
Aún caliente estaba,
Y entre los dedos mios palpitaba
Con afán infinito,
Aquel corazoncito.
Honda tristeza y férvidos enojos
Sentí al mirar sus entornados ojos.
En su pico entreabierto,
Trémula vacilaba
Una gota de sangre, que lucía
Con tan vivo color, que parecía
Rubí valioso y bello.
Aquella rigidez, aquellas alas
Ya mústias, ya sin galas,
Aquel lánguido cuello,
Aquel ojo vidrioso,
Aquel sangriento pico, aquel ansioso
Respirar en las ánsias de la muerte,
Aquel helarse hasta quedar inerte
En mi trémula mano,
Quisiera yo pintar, mas fuera vano.
¡Oh dolor silencioso!
¡Oh dolor sin palabras, sin lamentos,
¡Oh dolor sin amargos pensamientos,
Sin gritos de venganza,
Ni acusacion, ni maldicion impía;
Dime ¿qué le digiste al alma mia
Que la ola del llanto
Subió de lo más hondo de mi pecho
Hasta mis ojos, con mortal quebranto?
¿Qué la digiste pues, de dolor santo?
Hé aquí lo que muy triste
A mi alma acongojada la digiste:
—«¿Qué tengo, qué me pasa?
«¿Por qué este plomo ardiente me traspasa?
»Decidme, fué delito
»Cruzar el infinito
»En las alas del viento,
»Y buscar el sustento
»Del pobre nido que en el árbol pia?
»A quién ofendí yo? Quién un tormento
»Tan bárbaro me envia?
»Es una falta amar? Es un pecado
»Sentir el corazon encadenado?
»Son crímenes prolijos
»Amar, alimentar á nuestros hijos?
»Pues entónces por qué, pór qué no mueren
»Todas las madres que á sus hijos quieren?
»Adios fúlgida aurora,
»Ya no cantaré más tu luz primera;
»Adios céfiro blando,
»Ya no te iré cortando
»Con ala vencedora
»Por la azulada trasparente esfera;
»Adios, límpido arroyo
»Do sediento bebia,
»Teniendo por apoyo
»Trémula rama que al beber cedía;
»Adíos, alegre nido, dulce y tierno,
»En donde nunca penetró el invierno;
»Adios, hijos queridos
»Para siempre perdidos;
»Ya quedan sin auxilio ni gobierno,
»Pues no sé qué pecado,
»No sé que gran misterio, no sé qué hado,
»Me mandan ¡ay de mí! no sé á qué infierno!»
Y el ave proseguia:
—«¡Oh tú, que estás mirando mi agonía,
»Dile, si es que le ves, á mi verdugo,
»Que pues así le plugo,
»Ya abandono en mi duelo
»La luz, el aire, el campo, el arroyuelo;
»Que vuelva á su mansion, libre de penas,
»Y goce horas serenas;
»Y cuando el bullicioso
»Enjambre de sus niños se le cuelgue
»Del brazo vigoroso;
»Cuando esos angelitos
»De faz de rosa, de cabellos de oro
»Y ojos azules, cual festivo coro
»Le atruenen con sus juegos y sus gritos;
»Cuando él inclinándose reparta

»Sobre frentes y bocas infantiles,
»Dulces besos á miles,
»Con ese anhelo que jamás se harta,
»Yo en este campo frio,
»Envuelto en el crepúsculo sombrío,
»Moriré por momentos,
»Y mis hijos hambrientos
«¡Madre!—dirán en vano,
»Y morirán por fin en su abandono;
»Mas dile á mi verdugo, aunque tirano,
»Que yo con toda el alma le perdono!»—
Así piensa mi espíritu que dijo
Aquel dolor profundo;
Yo quedé largo rato
Mirando al suelo fijo
Triste, meditabundo
Creyendo oir aún aquel relato.
Al cabo sacudí peso supremo
Y levanté la frente;
Sér humano, responde, hasta qué estremo
Te es lícito matar á lo inocente?
El no percibir queja
Supones que te deja
Con libertad para negar martirio?
¡Oh torpe razonar, ciego delirio!
¿No te infunde respeto
Ese silencio augusto, ese secreto?
¿Quién di, quién te autoriza
A penetrar audáz en el imperio
Del negro, del recóndito misterio
Que debajo tus piés se profundiza?
¿Quién te dice los grados
De padecer moral que están marcados
En el dolor que físico se nombra?
¿Quién te manda violar esos sagrados?
¿Quién te manda robar en esa sombra?
Esas oscuridades
Pertenecen á Dios;—Dios es la valla;
De tus iniquidades
Deja el fardo á la puerta:—Adora y calla!
La palabra es la válvula que deja
Salir en forma de doliente queja
De la pena el vapor. Asi no estalla
El pobre corazon en quien batalla
La tempestad. Hasta el planeta tiene,
Hasta en el fondo de la mar se halla
El cráter bienhechor, que dá salida
En figura de lava enardecida,
El dolor que el abismo en sí contiene!
¡Y el pobre ser que sin quejarse espira,
Que á si mismo bajando, mudo apura
Sorbo á sorbo su cáliz de amargura,
No os causa compasion porque se mira
Sin palabra, sin voz, en noche oscura!
Pues sabed que la mano,
Sabed que el poder mismo
Que hizo el cielo y el hórrido Océano,
Que suspendió sobre insondable abismo
Los refulgentes soles
Y los jigantes mundos,
No desdeñó teñir en arreboles
El múrice de nácar, que destella
De la mar en los senos más profundos;
No desdeñó vestir como á la estrella
Al gusano de luz humilde y breve,
Ni pintar con las tintas de la aurora
El ala tembladora
De mariposa leve,
Que vá de flor en flor encareciendo
Su dulce regocijo;
¡Y vuestro orgullo vano
Se desdeña de ser bueno y humano
Con lo que Dios ¡el mismo Dios! bendijo!
Fué el verbo; se hizo hombre,
Y tomó de Jesús el dulce nombre;
Y nos habló de aromas,
De calmas y dulzuras,
De lirios y palomas,
De estrellas en las cóncavas alturas.
¿Quién sabe si al decir en sus anhelos,
—«Dejad que hasta mí lleguen
Y que á mis plantas jueguen
Todos los pequeñuelos,»—
¿Quién sabe si aludia,
¿Quién sabe si llamaba
A la flor, que al mirarle, sonreia,
Y al ave, que al oirle, gorjeaba?
¿Quién sabe quienes son los *pequeñuelos*
Para los altos, formidables Cielos?
¿Quién sabe si en la rosa
Hay una misteriosa
Voluntad del Eterno?
¿Quién sabe si en el nido tosco y tierno
Una mirada paternal se posa?
En esta noche vil que nos rodea,
Puesto que distinguir no nos sea dado
Lo bien ó mal obrado,
Ay! que ser bondadosos solo sea
Nuestra constante idea.
Miremos con dulzura
La nube blanca cual la nube oscura;
Besemos á la rosa,
Boca fresca y hermosa
Do se concentra el alba en perla pura;
Venid, acariciemos
Esos irracionales inocentes

Que en el marchito Eden del mundo vemos;
Como Adan al tender sobre sus frentes
La palma de la mano soberana,
Con nombres armoniosos bauticemos
Esos amigos de la estirpe humana!
Si esto es preocupacion, si esto es quimera,
Misticismo ridículo y liviano,
No importa; cuando ménos
Nos ensaya á ser buenos
Con el género humano!
Dios nos dió la razon, la inteligencia,
El pensamiento espléndido y fecundo,
Para que sea en nuestra frente aurora,
No llama abrasadora
Que con atroz violencia,
Cual tempestad de fuego incendie el mundo!
Muy ángel es Uriel cuando conduce
El jigantesco globo
Del áureo sol, que entre escarlata luce;
Pero es mucho mas ángel
El que en pálido rayo de la luna
Se desliza veloz hasta una cuna;
Que con materno celestial cariño,
Arranca al dulce, moribundo niño:
Y le lleva al palacio del Eterno
Con cuidado tan tierno,
Que porque no despierte
En mitad del camino en sombra oscura,
Y se asuste de verse á tanta altura
Y en el regazo de la triste muerte,
Puesto un dedo en el labio sonrosado,
Vá el ángel repitiendo
Por do estampa balsámicas sus huellas:
—«Aires, nubes, estrellas,
¡Callad más, que el infante está durmiendo!»—
Es muy ángel sin duda
El potente Abaddon, cuando derrama
La inmensa copa ruda
Del furor del Eterno,
Cuyo fatal licor al mundo inflama
Cual pavoroso, colosal infierno:
Pero es mucho más ángel
El rosado querub que abre la aurora,
Y de rocío cristalino llena
El cáliz virginal de la azucena,
Que el dulce néctar con afan implora,
Muy ángel es el ángel
Del profundo Oceano;
Desde su trono de cristal y nácar
Y conchas y corales, soberano
Manda á la tempestad rompa su freno,
Y deje de pavor al mundo lleno.
Pero es mucho más ángel
El que con ala de sedosas plumas,
Y á través de las olas y las brumas,
Impele suavemente
El nido del alcion, que tiembla y gime
Sobre abismos profundos.....
Muy grande es el Poder, que hace los mundos,
¡Más grande es el amor, que los redime!
No nos envanezcamos;
No aplastemos á séres inocentes
Porque la antorcha del saber llevamos,
Porque somos espíritus eternos,
Porque brilla el poder en nuestras frentes;
¡Ser dioses, no consiste en ser potentes,
Que consiste en ser tiernos!

Salvador Sellés.

MISCELANEA.

Un triunfo.—Muy señalado es el que ha obtenido en Elche un sócio de aquel Ateneo, combatiendo el espiritismo..... sin que hubiera entre sus oyentes quien, acostumbrado á hablar en público, pudiera defenderle; pero esta heroicidad no nos admira, estamos acostumbrados á ella.

En Madrid y en la calle de Cervantes, hay establecida una Sociedad espiritista, que ha tiempo consagra un dia de la semana para contender con los sistemas que combaten ó niegan el Espiritismo; y siendo esto tan público y notorio, extrañamos que, quien tantas fuerzas tiene y sabe tanto, no haya ido por gusto á hacer callar á aquellos paladines de la nueva doctrina, contentándose tan solo con presentar batalla allí donde no habia de encontrar adversario habituado á estos debates.

Cuando se tienen convicciones y se respeta uno á sí propio lo bastante, jamás se permite zaherir ni motejar ideas que hombres juiciosos y sabios sostienen, sin buscar en la prensa espacio donde puedan acudir á defenderse ó ateneo, sociedad ó reunion en que le conste que ván asiduamente ilustrados espiritistas. Lo contrario es hacer á gusto del paladar un Espiritismo falso, y darse el grato placer de combatir aquel fastasma prepa-

rado *ad-hoc* para obtener tan señaladísima victoria. No hacen otra cosa los curas.

En dos sesiones ocupó la atencion con tan divertidísimas cosas como el periespíritu, la comunicacion con el mundo de ultra-tumba, los médiums y la reencarnacion lo que negó, porque sí, quizás sin haber hojeado algun libro de Kardec ni puesto de su parte nada por conocer alguno de esos fenómenos que tanto le harán reir. ¡Quién sabe, si el que se conduele de nuestras preocupaciones y nos tiene por locos y há lástima de nuestra desgracia, comulgará con el materialismo y creerá ¡oh espíritu fuerte! que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado bílis, y que la virtud, la vergüenza, el amor, el odio, el saber, etc., etc., dependen de la alimentacion, son producto de ella y varía en cada hombre segun su vida física! Y cómo se envanecerá este jigante contemplando á esos pigmeos que creen en un Dios sábio, justo y misericordioso, en la inmortalidad del alma, en la pluralidad de los mundos, en la habitabilidad de ellos, en la pluralidad de vidas que tiene el espíritu con una sola existencia sin fin, en las penas y recompensas, reparacion y premio; como reirá de los pobres de espíritu que admiten como única religion la locura del deber, y no aceptan más sacerdote que su conciencia ni más culto que el de las buenas obras!

Preocupacion sí, preocupacion debe ser la de esos hombres, que son religiosos como aconsejó Cristo, hombre, nunca Dios, que no admiten dogmas ni culto y solo se atienen á su soberana razon como la guia única de su vida y santo ejercicio de su libertad.

San Ganelon.—*La Revista* de Barcelona, inserta en su último número nuestro suelto, sobre un asunto del que por prudencia exajerada no habiamos hablado hasta ahora. Gracias por las palabras que nos dedica y por la confianza que en nosotros tiene. Confíe nuestra hermana en que siempre estaremos en el sitio que nos señale solamente la razon, sin dejarnos guiar de necios consejos, ni embaucar por falsos y malvados espíritus.

Nos duele en el alma lo que está pasando, porque está haciendo de Cristo nuestra doctrina, y esperamos, que, mejor informado *El Criterio*, vuelva sobre sí y no dé ocasion á una polémica tan perjudicial.

Sus inteligentes redactores, y principalmente su docto director, comprenderán con cuanta pena estampamos estas líneas.

ALICANTE:
Imprenta de Costa y Mira.